

## ELISA AYALA GONZALEZ EN LA HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA

Elisa Ayala González (1879-1956) es la eminente mujer que cultiva el Cuento en el Ecuador. Piublicó "La Maldición" en la Revista "América" de New York, (en 1894).

La escritora Elisa Ayala González "buceó en el alma y la tradición popular, extremadamente rica en el litoral" (Morayma Ofir Carvajal - Mujeres de mi Patria). Es el "montuvio", la figura de sus Cuentos. En los años 30, este tema tuvo expresión en las obras de los escritores del "Grupo de Guayaquil": Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta y Alfredo Pareja Diezcanseco.

Sus Cuentos con esta oportunidad los reproducimos en esta importante revista puesta al servicio de la difusión cultural. A Morayma Ofir Carvajal (1915-1951), le debemos la única semblanza que se ha escrito sobre ella.

Elisa Ayala González publicó sus Cuentos en los diarios "El Guante" y "El Telégrafo"; y en las revistas "Patria" y "Nuevos Horizontes" de Guayaquil. También sus trabajos salieron en la "Revista Argentina" y "Nubes Rosadas" de Argentina; "El Nacional" y "Sucesos" de Chile; "Ade-

lante" de Uruguay' y en "Heros" y "Cosmos" de Cuba. Como personalidad notable de la cultura perteneció al Centro de Estudios Literarios de la Universidad de Guayaquil (1932).

Sus Cuentos "La Maldición" y "La Procesión de las Animas" se publicó por primera vez en el Ecuador en 1917. Aparecieron en la Revista "La Ilustración" de Guayaquil, fundada por Alejo Mateus y editada en la "Imprenta del Cine Ambos Mundos". En esta revista escribieron también Zoila Ugarte de Landívar, Manuel J. Calle, José Antonio Campos, Modesto Chávez Franco y otros. El Cuento "La Procesión de Las Animas" obtuvo el Primer Premio en el Concurso Internacional abierto en España, por el diario "La Voz de Valencia".

**Lcdo. Alejandro Guerra Cáceres**

### **ELISA AYALA GONZALEZ**

Escritora correcta y amena que ha especializado su labor literaria en la producción de cuentos bellísimos, y que por una de tantas contradicciones en la vida intelectual, es acaso más conocida en el Exterior que en su propio país, pues con aplauso para ella y lustre para las letras ecuatorianas, ha colaborado en muchas e importantes revistas extranjeras.

Entre nosotros ha habido varias y notables poetisas, sin duda porque la suavidad del verso, más en armonía con la dulzura femenina ha despertado la vocación de nuestras literatas; pero en cambio nos hace falta vibrantes y castizas prosadoras que cultiven los diversos géneros literarios. A este último número pertenece la señorita Ayala González, quien nos honra con su colaboración, y para quien esperamos que su público, el público de su país, le dispense; la misma favorable acogida que el de los demás lugares en donde ha hecho conocer su producción.

## LA MALDICION

### RELATO INDIGENA

#### I

A orillas del Chapulo, bajo la sombra de los cacaotales, escalonábase una rancharía; y a poca distancia de ella, en humildísimo casucho techado de bijao, habitaba Pedro Vélez en unión de su familia.

Pedro era un trabajador de nuestros campos; tocaba ya en la cincuenta y aún manteníase ágil y fuerte. La familia componíanla, la mujer, cholita joven, alegre y vivaracha llamada Rosa, y tres hijos: Fermín, el mayor, de trece años de edad, Atanasio de diez y Teresa de ocho.

Comenzaba el mes de Junio y la cosecha del cacao tocaba a su término. Pronto los trabajadores trocarían la palanca por el machete, para dedicarse a la roza y socola de las huertas; entonces la cuadrilla de muchachos que durante las cosechas ayuda en el trabajo, recogiendo el cacao, despojándolo de su cáscara, y conduciéndolo luego en mulas a los tendales de la hacienda donde va a secarse; la cuadrilla demasiado débil aún para ayudar en el trabajo de la roza, vagaría libre, pudiendo a su antojo dedicarse a los juegos y correrías. Tan pronto marcharían buscando los árboles frutales, para hartarse de zapotes, caimitos y pomarrosas; como irían en pos de nidos, de azulejos y consejeros; o bien se dirigirían al río, a pescar camarones, o zabullir en las ondas los desnudos cuerpos, bronceados por la caricia del sol ecuatorial. Allí era, adonde la revoltosa cuadrilla gozaba más, prorrumpiendo en alegres o temerosos gritos, según los motivara un chapuzón feliz, la captura de un pececillo, o el repentino hedor a almizcle, precursor casi siempre del feroz caimán, que oculto bajo las enormes masas de lechuga flotantes en el río, acecha desde ellas a su víctima.

Pero la niñez -hasta en el peligro se recrea, e imaginar el ataque del caimán, era para los muchachos, nueva causa de algazara y regocijo. "Que viene el lagarto", gritaban los más atrevidos a los pequeños o tímidos, y todos huían a la orillas, unos riendo otros temblando. Cada noche el caimán recorría las orillas, haciendo presa en el perro, gallina

o cerdo que encontraba; y cada noche los muchachos estremecíanse al escuchar desde sus ranchos, el grito de la víctima y los butidos y coletazos del saurio; pero a la mañana siguiente cuando el brillante sol hacía chispear las aguas, mostrando bajo el límpido cristal las guijas y arenas del fondo; cuando el azul-turquí del cielo era tan bello, y los pericos y loros posados en los altos palos-prietos picoteaban aquí y allá, esparciendo una lluvia de rojas flores, y atronando el aire con su algarabía, ¿quién iba a temerle al caimán? ¿quién iba a pensar en la muerte?

Pedro y su familia tenían muchas amistades en la rancharía, por lo cual, Fermín y Atanasio solicitados continuamente por los amigos, casi nunca hallábanse en casa, y aunque Rosa amábales tiernamente, no oponía obstáculos a tales correrías. Antes bien, cuando Pedro extremaba sus observaciones y trataba de corregirlos, ella tomaba la defensa de sus hijos; y con frecuencia se originaban disgustos, a causa sobre todo de Fermín, por quien Rosa tenía preferencia, y que sabiéndolo mostrábase cada día más altanero e indomable. Pedro, predécíala con ese sistema muchos males para lo futuro, pero ella se encogía de hombros sin preocuparse, ni menos creer que tal cosa llegaría a ser verdad.

Cierta tarde, conversando Fermín con un amigo llamado Andrés, contóle éste que, en la orilla del río frente a un frondoso pechiche, reuníase cada mañana gran cantidad de camarones. Despertóse al saberlo la codicia de Fermín, y se prometió ir a pescarlos al siguiente día, aun cuando su padre había de enojarse al verlo faltar al trabajo; ino importaba, Rosa como siempre lo defendería! Aquella noche pasó largo tiempo desvelado con la idea de la pesca y del pretexto que inventaría para engañar a Pedro.

En efecto, a la siguiente mañana fingióse enfermo y acostado en una hamaquita cercana a la escalera, rehusó las instancias que hiciera su padre para marchar al trabajo. Insistía Pedro sin conseguir nada, hasta que enfurecido ya, se dirigió a él y asiéndole por un brazo, con una violenta sacudida lo sacó de la hamaca, repitiéndole:

- ¡Te he dicho que vas al trabajo, y vas!

Fermín lanzó un grito de dolor y de rabia, gruñendo furioso:

- No voy; ino quiero ir!

Pedro alzó el brazo para castigarle, pero Rosa se interpuso, y volviéndose al muchacho, díjole en tono de ruego:

- Anda Fermín.

Este sintió crecer su furia, y rencoroso contra la que no tomaba su defensa, le respondió con insolencia:

- ¡No voy; no me da la gana de ir!

Ante tamaña audacia, Pedro se quedó un momento atónito; no creía que tan pronto el cachorro se convirtiera en león.

- Vos querés quedar hoy rompido de un hueso, o que te abra la cabeza; gritó con los dientes apretados y temeroso él mismo, de dejar estallar su cólera.

El furor de Fermín y su soberbia ya no reconocieron límites:

- ¡Pegarme a mí! ¡Cuidado sea yo, viejo chocho, quien te zurre!

No fue voz, fue un rugido el que exhaló Pedro al lanzarse contra su hijo, pero éste con sorprendente agilidad salvó de un salto la escalera, y corriendo como un gamo se internó en la huerta.

Lívido de rabia, con los ojos inyectados en sangre, desencajado, trémulo, espantoso, tendió el padre con terrible ademán los cerrados puños en dirección al fugitivo y balbuceó roncamente:

- ¡Mardito sea mil veces, hijo del diablo! ¡premita Dios, que te caigas muerto ya mesmo! ¡que te muerda una culebra, o te despedace un lagarto! ¡ojalá que jamás vuelva yo a verte vivo!

Rosa se aferró con ambas manos al brazo de su marido, diciéndole bañada en lágrimas:

- Oh, por Dios, no lo mardigas así! ¡perdónalo!

Con una brusca sacudida, Pedro se libró de su mujer, y dio algunas vueltas por el cuarto vacilando como si estuviese ebrio. Luego, viendo a Atanasio y a Teresa que lloraban asustados, trató de serenarse, pero el rencor y la ira le cegaban todavía.

- ¡Perdonarlo! murmuró como si esta palabra lo ahogase; ¡nunca! ¡manque lo vea muerto!

Y ceñudo y trágico, cogió la palanca que se hallaba arrimada a la pared, calóse un viejo sombrero y se marchó.

Rosa permaneció buen rato como anonadada. La acción de Fermín, le había abierto los ojos bruscamente; por primera vez comprendió que

las recriminaciones de Pedro eran justas, que ella con sus condescendencias y mimos tenía la culpa de todo; y al pensar que sobre la cabeza de Fermín pesaba el terrible anatema de la maldición, paterna, deshacíase en lágrimas y sollozos, y como sucede siempre a las madres, al considerar las posibles desgracias del hijo, sentía crecer en su corazón el amor y conmiseración por él.

Cansada al fin, de lágrimas y reflexiones, volvió en el acuerdo de sus quehaceres, y dedicóse nuevamente a ellos con gesto doloroso y ojos enrojecidos.

## II

Lentas transcurrían las horas, cuando de pronto rompiendo el silencio reinante se oyó un grito angustioso, desesperado, terrible; uno de esos gritos que hielan la sangre en las venas, y que una vez oídos jamás pueden olvidarse; grito de dolor, de espanto, de agonía, pero tan indistinto, tan lejano que luego de haberse extinguido, quedaba la duda de si en realidad se escuchó o fue sólo una ilusión de los sentidos. Rosa se sobresaltó y tuvo una de esas corazonadas que se llaman presentimientos.

- ¿Has oído? preguntó trémula a Teresa; ¿será Fermín?  
¿Y por qué había él de gritar? Sin duda fue algún perico-ligero.

- ¡No; era el grito de un cristiano! ¡quizás le ha pasao algo a Fermín!  
¿ahonde se habrá ido? Anda Atanasio, corre hijito a buscalo; dile que venga que ya no estoy brava, que lo estoy esperando.

Atanasio que medio dormitaba en la hamaca, levantóse contento de tener pretexto para dar un paseo y se marchó.

Durante buen espacio de tiempo esperó Rosa la vuelta de sus hijos, no pudiendo por último dominar su inquietud, encomendó a Teresa el cuidado del caucho y partió en busca de ellos. Al llegar a la rancharía, fue de casa en casa, preguntando, inquiriendo; nadie había visto a Fermín, pero sin duda pronto lo hallaría Atanasio, pues se había internado en la huerta buscándolo. Descorazonada, oprimida por horribles presentimientos, volvió a desandar lo andado, y al llegar a casa, sobreponiéndose a sus angustias, dedicóse a preparar la merienda, acechando frecuentemente el camino.

Pronto regresó Pedro del trabajo. Manteníase hosco y silencio, y en el contraído semblante, lefase la resolución de aquella mañana: ino lo perdonaré!

Comenzaba ya a anoecer, cuando se presentó Atanasio en compañía de un hombre y tres mujeres, amigos de la familia; hallábanse todos sombríos y cabizbajos, como oprimidos por un peso enorme, y en los ojos del muchacho precibíanse claras huellas del llanto. Rosa abarcó en un instante todos estos detalles, y un dolor sin nombre le desgarró el corazón, abalanzóse a su hijo y lo agarró por un brazo escudriñándole el rostro, como queriendo adivinar la verdad en su respuesta.

- ¿Ahonde está Fermín? ¿por qué no viene?

Atanasio respondió que no sabía; en vano había recorrido los alrededores, interrogando a cuantos hallara, todas las pesquisas resultaban inútiles y no parecía en ninguna parte.

Nublósele la vista a Rosa, y prorrumpió en desesperado, amargo llanto.

- ¡Mi hijo! imi hijo! el grito que yo oí era de él, imi hijo se ha ahogao!...

Rodéaronla las mujeres prodigándole consuelos; en tanto el hombre hizo una seña al sorprendido Pedro, y bajó con él. Relatóle entonces, que Fermín había sido visto aquella mañana, desnudo de medio cuerpo arriba, metido en el río pescando camarones, y que luego al mediar las doce, habíase escuchado aquel horrible grito que no fue repetido; ¿lo habría atacado el caimán hallándole descuidado? Podía creerse que sí.

Pedro bajó la cabeza haciendo esfuerzos por detener las lágrimas; todo su rencor se desvanecía ante la sospecha del horroroso fin de su hijo. Empero, aún la duda le asaltaba; iera preciso convencerse, cerciorarse, tener la evidencia de la verdad! Había pues que buscar cuanto antes, aun cuando debieran pasar en ello toda la noche, llamó a Atanasio pidiéndole un farol y reunidos los tres emprendieron la marcha.

Al llegar a la ranchería, cuyos habitantes hallábanse en movimiento con la nueva de la probable desgracia, inquirieron noticias sin conseguir averiguar nada; nadie sabía de Fermín, sólo dos o tres aseguran

haber oído en dirección al río el angustioso lamento.

Acompañados de buen número de hombres y muchachos provistos de luces, se dirigieron al río, explorando la orilla y lanzando al viento con exténtóreas voces el nombre de Fermín. Tal vez se había extraviado y podría oírlos; ivana esperanza! sólo el viento de la noche se dejaba oír moviendo el follaje de los árboles, y el río permanecía silencioso e imponente en la negruras de sus grandes masas de lechuga.

Entonces Andrés creyó oportuno aportar un dato: Fermín debía haberse dirigido aquella mañana, bajo el pechiche grande a pescar camarones, pues así habíasele dicho la tarde anterior. Dirigió el grupo sus pasos en dirección al pechiche, y apenas las luces iluminaron las hierbas que lo cercaban, vióse blanquear un objeto, que al momento fue reconocido como la camisa a rayas blancas y azules que vestía Fermín; al lado de ella un casco de coco, contenía un poco de agua, en que se rebullían vanamente algunos camarones. Cáscaras de frutas esparcidas en el suelo, probaban que el muchacho había hecho allí su almuerzo; las huellas impresas en la tierra húmeda de la orilla, indicaban el sitio adonde entró en el agua. La duda no era posible, la camisa y camarones abandonados, decían claramente que el infeliz había sido sorprendido durante la pesca, sin tener lugar más que para lanzar aquel grito. El drama se reconstruía por sí solo, y en aquel sitio era adonde únicamente debía buscarse.

Embarcados en canoas y provistos de largas pértigas recorrieron el río, explorándolo con las luces y hurgando los lechugales; nada de extraño vieron, ni tampoco encontraron cosa alguna. Las aguas oscuras y dormidas, guardaban celosamente su secreto. Grupos de gallaretas, sorprendidas por la claridad de los faroles, aleteaban asustadas entre la lechuga, dejando oír sus penetrantes gritos.

A las tres de la mañana, la cuadrilla rendida y desanimada resolvió retirarse, viendo la inutilidad de sus pesquisas. Despidiéronse de Pedro, ofreciéndole continuar la busca al siguiente día.

Padre e hijo, empapados y llorosos, regresaron silenciosamente a su rancho, conduciendo por todo hallazgo la camisa de Fermín.

Rosa los aguardaba en el reducido dormitorio, vivamente iluminado por dos velas colocadas, ante una estampa de la Virgen María pegada



en la pared. Habíanse retirado las amigas, y Teresa dormía hacía tiempo, con el sueño invencible de la infancia; sólo la madre había velado, esperando ansiosamente, e implorando de la Virgen piedad para su angustia. Al ver a Pedro y a Atanasio presentarse solos, se quedó yerta.

Pedro con la frente inclinada y voz enronquecida, relató cuanto había hecho en su busca, y el único dato recogido: la camisa abandonada.

- ¡Oh, madre de misericordia! ¡María Santísima! clamó la desventurada anegada en llanto, y cayendo de rodillas ante la imagen con las manos tendidas en desesperada súplica; ¡Virgen mía! ¡madrecita de mi alma! ¡devuélveme mi hijo! ¡no permitas que mi hijo haya muerto! ¡castígame, pero no en él! ¡Ay, yo no puedo pensá, me vuelvo loca! ¡cómo va a ser posible que se lo haiga comío el lagarto! ¡ay, mi hijo! ¡mi hijo de mis entrañas! ¡yo quiero mi hijo!.....

Y se abatía contra el suelo, con los cabellos esparcidos y en desorden, retorciéndose las manos, sollozando, besando frenética la camisa que estrechaba sobre su corazón, como si fuese un pedazo del hijo ausente. De nuevo volvía a alzarse, y de nuevo prorrumplía en desgarradores lamentos.

Transcurría la noche, y Pedro sentado en el suelo lloraba en silencio, torturado por el dolor y los remordimientos, sosteniendo reclinada en su hombro la cabeza de Atanasio, quien había comenzado también por llorar acabando por dormirse.

### III

Hacía rato que clareaba el día, cuando llegó Andrés corriendo, pálido y despavorido.

- ¡Don Pedro! gritó jadeante, desde el patio, ¡Don Pedro, venga a ver lo que hay en la lechuga!

Desatinada y loca, se precipitó Rosa, mas que bajó por la escalera, seguida de igual modo por su marido e hijas.

Rápidamente llegaron al fatal pechiche, donde ya les había precedido un numeroso grupo, compuesto de hombres, mujeres y muchachos, mi-

rando todos ansiosamente hacia el río. Miraron a su vez y vieron que el lechugal hallábase disgregado; deshecho, roto en un gran espacio como si en él hubiese maniobrado una fuerza enorme, algo como la hélice de un vapor. En el sitio en que el agua veíase libre de plantas, flotaba un bulto blanquecino, manchado profudamente de rojo.

- ¡Una canoa! ¡una canoa! gritó Pedro, corriendo enloquecido a la orilla, y embarcándose acompañado de varios hombres, en una de las canoas que habíales servido la noche anterior.

Con dos golpes de pértiga llegaron al sitio, uno de los hombres cogió el blanquecino objeto embarcándolo en la canoa, y al fijar en él Pedro los ojos, llevóse desesperado las manos a la cabeza, y se tambaleó como si lo hubiese herido una bala, contuviéronle sus amigos, y la canoa volvió rápidamente a la orilla. No bien en ella, Pedro se arrojó de bruces en tierra, llorando a gritos y mesándose los cabellos.

Las mujeres rodeaban a Rosa cuyos alaridos subían al cielo, y trataban de detenerla para librarla del horrendo espectáculo. Los hombres y muchachos, agrupábanse trémulos de horror, en torno del fúnebre hallazgo depositado en la hierba, de todos los ojos corrían lágrimas y de todos los pechos brotaban sollozos. Allí tenían ante la vista cuanto restaba de Fermín; un tronco desnudo y sangriento, sin cabeza, brazos ni piernas, desgarrado todo por las uñas del caimán con profundos y espantosos surcos, sin duda al detenerle entre ellas, en tanto que con los dientes le arrancaba la cabeza y miembros. Los sitios correspondientes a estos, formaban horrorosas llagas, colgando piltrafas y tendones.

Haciendo un esfuerzo supremo, desgarrándose en la lucha los vestidos y la carne, consiguió Rosa librarse de las manos que la sujetaban, y con ímpetu irresistible se abrió paso entre el aterrorizado grupo. Al hallarse ante lo que restaba de su hijo, palidez calavérica, terrosa le cubrió el semblante, descompúsosele éste en indescriptible mueca de dolor y espanto, desorbitáronse los ojos, y un lamento, un alarido, taladrante, desgarrador, salvaje, se escapó de sus amoratados labios; tendió los brazos como tratando de asir aquella cabeza que faltaba, y dando un traspies cayó con brutal violencia de cara contra el suelo.

Precipitáronse las amigas en revuelto montón, la condujeron en brazos a su rancho. Lo restante del grupo, sosteniendo a Pedro y portando el fúnebre hallazgo, completaban la tristísima procesión, salmodiada por

sollozos y gemidos, entre los que sobresalían las agudas voces de Atanasio y Teresa.

Los amigos queriendo librar a los infelices padres, de que renovasen la vista del espantable resto, condujéronlo inmediatamente, envuelto en blancos lienzos, al cementerio del cercano pueblo.

#### IV

A pocos días del suceso, perseguido el caimán con redoblada saña, fue cogido con cazonete, y abierto a hachazos en toda su longitud, halláronle dentro gran cantidad huesos limpios ya, y una mano de mujer cubierta de sortijas e intacta aún; testimonio mudo de otro drama que jamás pudo ser averiguado.

Tres meses después, Rosa fue enterrada al lado de Fermín; le había sido imposible olvidar, y si en su constante llanto, llegaba a sus oídos el grito de las gallaretas, testigos únicos que sin duda fueron de la agonía de su hijo, trocábase su dolor en desesperación que concluía en terribles convulsiones.

Pedro roído por el pesar y los remordimientos entregóse a la bebida; Atanasio y Teresa fueron remitidos a un asilo, y el abandonado rancho derrumbóse pronto, como si también a él, le hubiese alcanzado el peso de la maldición.

Revista "LA ILUSTRACION", Año I, Guayaquil (Ecuador), Mayo 6 de 1917, No. 1, págs. 22-25.

### LA PROCESION DE LAS ANIMAS

#### I

En el vasto terraplén que ante la casa se extendía, y bajo la perfumada sombra del frondosísimo canelo, reían a carcajadas los dos jóvenes amigos, echándose hacia atrás sobre el respaldo del banco en que hallábanse sentados, mientras la voz del anciano negro, puesto de cu-

clillas en el suelo, continuaba de esta manera, lenta y grave:

- No mis niños, no es bueno burlarse de las cosas de Dios; mucha gente ha muerto y morirá aún, por no creer en ellas. Los blancos dicen siempre, son abuciones cuanto los negros contamos: pero es que ellos, metidos en sus casas o trajinando en sus calles, no saben lo que nosotros vemos y oímos andando por los montes. Lo que he contado a Uds. no es una fábula, es un hecho que nos ha sido relatado por nuestros abuelos, quienes a su vez lo oyeron de labios de los suyos y así de generación en generación. Esto es real y así ocurre siempre por permisión de Dios.

Redoblaron las carcajadas de Carlos Luis, y Ernesto exclamó gozoso:

- ¡Delicioso indudablemente! ¡no imaginé reirme tanto, tan de mañana! Vuelve a contar, Mundo, tu historia; ¡es encantadora! ¡un verdadero cuento de Poe! vuelve a contarla: ¿cómo es?

Movió el negro la cabeza, como compadecido de tan loco descreimiento, y comenzó de nuevo gravemente:

- Cuando yo era muchacho, contábame mi padre, que las ánimas benditas del purgatorio, tienen entre sus castigos el de volver a la tierra en ciertas noches oscuras y recorrerla en procesión, alumbradas por fuegos fátuos, murmurando oraciones y haciendo un gran ruido con las cadenas que arrastran. Visitan con preferencia los sitios que le fueron caros, y a su paso caen mustias las flores, aduérmense las aves y en toda la naturaleza reina una inmovilidad y silencio solemne, no volviendo las cosas a su primitivo estado hasta que la voluntad de Dios se ha cumplido. Si algún hombre o mujer de los nacidos, llega a ver la procesión de las ánimas, muere infaliblemente en el término de quince días.....

- Y si son dos, tres o más, los que estando juntos ven la procesión, interrumpió Carlos Luis burlonamente, ¿mueren también todos? Porque siendo así, ya eso no es una procesión, sino una ametralladora.

- No, contestó Raimundo convencido, muere solo el que la vio primero.

- Así es Mundo, dijo Ernesto sonriendo, que si yo la veo moriré también?

- ¡No lo permita Dios que su merced la vea! Moriría como mueren todos, como murió mi tío Pancho.

Tornaron a reír locamente los dos jóvenes, ante tal convencimiento, y luego ya más calmado, preguntó Carlos Luis:

- ¿Vio un tío tuyo la procesión?

- Si mi niño: él sabía por mi abuelo que no era bueno dudar de las cosas santas; pero era un descreído, un renegado, que se burlaba de todo, y cuando se tomaba sus copas se volvía loco. Maldecía a la Virgen, llamaba alcolnoque a San José, viejo barbón a Jesucristo, y pedía a gritos se le apareciera el diablo y se lo llevase; decía que Satanás y él eran compadres, y harían una vida muy regalada en el infierno.

- ¡Era todo un real mozo tu tío Pancho! ¿Y le dio gusto el compadre y se lo llevó?.

Santiguóse devotamente el negro al responder:

- Si fue Dios o el diablo, quién puede saberlo! Lo cierto es que, una noche al salir mi tío de un baile en compañía de un amigo, a mitad del camino se separaron para tomar cada cual el que conducía a su casa, pero apenas el amigo hubo alejado unas pocas varas, oyó a mi tío dar un fuerte grito, y volviendo rápidamente, pie atrás para saber qué le ocurría, se detuvo estupefacto viendo que cruzaba la llanura un gran cortejo, alumbrado por luces azules y haciendo un ruido a nada semejante, que ponía frío en los huesos y pavor en el alma. Comprendió el hombre que era cosa del otro mundo lo que veía y quedó inmóvil sin poder dar un paso, hasta que el cortejo se hubo desvanecido; corriendo entonces como alma que lleva el diablo, lanzóse hacia su casa sin preocuparse más de mi tío. Este fue hallado muerto al día siguiente, en mitad del camino; tenía los ojos horriblemente abiertos y una gran cantidad de espuma blanca cubría los labios y el semblante. Lo que los dos jóvenes habían visto era la procesión de las ánimas, y a mi tío le costó la vida.

- ¿Pero de veras Mundo, dijo Ernesto ya serio, tu crees en tales cosas?

- ¡Y cómo no he de creer niño! No un caso sino mil podría contarles igual al del mi tío Pancho, en el campo todos sabemos esto y no salimos de casa en las noches muy oscuras, sin antes persignarnos.

- ¿Y eso ahuyenta las ánimas?

- No las ahuyenta sino que nos congracia con ellas. Ven con esto que las recordamos y sentimos pesar por sus penas, y no quieren causarnos la muerte apareciéndonos.

- Pues yo, dijo Carlos Luis sarcásticamente, deseo verlas y voy a hacer lo posible por conseguirlo. Desde hoy comienzo a renegar de lo lindo como tu tío Pancho, y todas las noches oscuras saldré al campo a llamarlas.

- Hará muy mal su merced, porque como ya le he dicho, no es bueno provocar la ira de Dios. Sin embargo, ese es sistema de los blancos: burlarse siempre de todo.

- ¡Pero desgraciado, cómo no se va uno a reír de semejantes patrañas! ¡para creer esos disparates se necesita ser tan ignorante como son Uds.! ¿Qué te parece Ernesto?. Jamás se me hubiese ocurrido, que aquí en el Ecuador se inventasen tales fábulas; que en la nebulosa Britania o en la poética Escandinavia, crean en fantasmas y duendes es lógico y se comprende, pues hasta los vivos tienen apariencia de algo sobrenatural vistos entre la niebla. ¡Mas aquí, en el país de la luz, adonde como dijo pintorescamente un montuvio: los soles duran día y noche; qué sería de los pobres duendes! Esto de fantasmas en el Ecuador me resulta tan fuera de lugar, cual si viese a una elegante parisense, en "toilette" de baile, paseándose en las selvas del Congo.

- Podrá su merced dudar cuanto quiera, pero eso no quita que sea verdad lo que digo,

- ¡Oh Raimundo! Bastantes jaguares, pumas y serpientes hay en nuestras montañas, sin contar con las tarántulas, escorpiones y bichos de toda clase que infestan nuestros campos y habitaciones, para que necesitemos buscar en otra parte objetos de fábula y horror. Cuéntame que unos caucheros fueron atacados por los saños y despedazados, que una sallama se le enroscó al cuello a un muchacho y lo estranguló, que las hormigas bravas hallando un caballo trabado, lo atacaron, dejando en una noche sólo el esqueleto limpio, recarga los colores, inventa detalles, fabrica historias espeluznantes, todo te lo creeré porque son cosas que caben en lo posible, que están en consonancia con nuestro país y con su naturaleza aún salvaje. ¡Pero ánimas, fantasmas, diablos, duendes! ¡eso sí que no te acepto ni te creo!

- No las ahuyenta sino que nos congracia con ellas. Ven con esto que las recordamos y sentimos pesar por sus penas, y no quieren causarnos la muerte apareciéndonos.

- Pues yo, dijo Carlos Luis sarcásticamente, deseo verlas y voy a hacer lo posible por conseguirlo. Desde hoy comienzo a renegar de lo lindo como tu tío Pancho, y todas las noches oscuras saldré al campo a llamarlas.

- Hará muy mal su merced, porque como ya le he dicho, no es bueno provocar la ira de Dios. Sin embargo, ese es sistema de los blancos: burlarse siempre de todo.

- ¡Pero desgraciado, cómo no se va uno a reír de semejantes patrañas! ¡para creer esos disparates se necesita ser tan ignorante como son Uds.! ¿Qué te parece Ernesto?. Jamás se me hubiese ocurrido, que aquí en el Ecuador se inventasen tales fábulas; que en la nebulosa Britania o en la poética Escandinavia, crean en fantasmas y duendes es lógico y se comprende, pues hasta los vivos tienen apariencia de algo sobrenatural vistos entre la niebla. ¡Mas aquí, en el país de la luz, adonde como dijo pintorescamente un montuvio: los soles duran día y noche; qué sería de los pobres duendes! Esto de fantasmas en el Ecuador me resulta tan fuera de lugar, cual si viese a una elegante parisense, en "toilette" de baile, paseándose en las selvas del Congo.

- Podrá su merced dudar cuanto quiera, pero eso no quita que sea verdad lo que digo,

- ¡Oh Raimundo! Bastantes jaguares, pumas y serpientes hay en nuestras montañas, sin contar con las tarántulas, escorpiones y bichos de toda clase que infestan nuestros campos y habitaciones, para que necesitemos buscar en otra parte objetos de fábula y horror. Cuéntame que unos caucheros fueron atacados por los saínos y despedazados, que una sallama se le enroscó al cuello a un muchacho y lo estranguló, que las hormigas bravas hallando un caballo trabado, lo atacaron, dejando en una noche sólo el esqueleto limpio, recarga los colores, inventa detalles, fabrica historias espeluznantes, todo te lo creeré porque son cosas que caben en lo posible, que están en consonancia con nuestro país y con su naturaleza aún salvaje. ¡Pero ánimas, fantasmas, diablos, duendes! ¡eso sí que no te acepto ni te creo!

Encogióse de hombros Raimundo y respondió con calma:

- Eso tienen, las cosas de Dios, que por raras e imposibles que parezcan se realizan a pesar de todos los cálculos humanos. Yo no sé de letras, pero sí retengo en la memoria lo que una vez he oído leer: por tanto recuerdo mucho cuanto el patrón Antonio leyó sobre la catástrofe de la Martinica: movió el Señor un dedo y el Monte Pelado vomitó llamas y lavas, asoló la isla e hizo burla de los sabios que metidos en sus casas con unos cuantos aparatos creen preverlo, medirlo y saberlo todo. Hubiesen tenido más fe en las advertencias de Dios y no en el saber de los hombres, y todos hubieran escapado con vida.

- ¡Hola! ¡hola! exclamó Ernesto riendo, te encontraste Carlos Luis con la horma de tu zapato; tú creías derrotar a Raimundo y ya vez lo bien que se defiende, aún cuando sea como una tortuga metiéndose en su concha (que en este caso es Dios) y oponiendo a todos los pinchazos la dureza de su armadura.

- ¡Si; pero conmigo no vale nada de eso! digo que no hay tales ánimas o aparecidos, ¡y no las hay!

Tocóle a su vez reír al negro, mostrando los marullinos dientes:

- Eso mismo decía el niño cuando siendo pequeño quería las estrellas y yo le respondía que no podían alcanzarse: "No lo creo, decía, no lo creo; cuando yo sea grande haré una escalera larguísima y las cogeré". No lo creía el niño, mas hasta ahora ha podido prender ninguna a sus vestidos, como era entonces su deseo.

- ¡Toma! ¡toma! gritó Ernesto saltando del banco y dando sapatetas en el aire; ¡bien contestado Mundo, bien contestado! ¡No te dejes!

Carlos Luis fingió ponerse repentinamente serio, y guiñando un ojo a su amigo para significarle quería burlar al negro, respondió:

- Será todo lo que se te antoje Mundo, mas yo necesito como Santo Tomás: ver para creer. No he visto las ánimas luego no puedo creer en ellas, y menos aún en Jesucristo, María Santísima o el Espíritu Santo, porque tampoco los he visto.

Raimundo alzó las manos al cielo presa de mortal angustia, y miró a los jóvenes espantado.



- ¡Ya eso es blasfemar! ¡ya es tentar la ira de nuestro Señor! Santíguese su merced, para que El le perdone lo que acaba de decir; santíguese, sino va a ocurrirle un mal.

Estalló formidable la burla de los dos jóvenes. Carlos Luis echábase hacia atrás apretándose los costados, ahogado por la risa, y Ernesto le hacía coro, llorando a lágrima viva y oprimiéndose con ambas manos el estómago.

Comprendió tarde el negro que se habían burlado de él, y púsose de pie entre corrido y amostazado.

- Eso es lo malo que tienen los niños, nunca se puede hablar en serio con ellos. Mejor me voy a mis ocupaciones.

Y sin más ceremonia les volvió la espalda, dirigiéndose rápidamente a la casa.

- Mundo, gritó Carlos Luis al verlo próximo a desaparecer por la puerta; ya sabes: saluda a las ánimas de mi parte, y que se me presenten cuanto antes.

Durante un buen rato continuaron aún los amigos sentados en el banco, riéndose y comentando las creencias de Raimundo. Luego se cogieron del brazo y marcharon alegres y decidores por la estrecha senda abierta entre las altas hierbas del potrero próximo. Aquel era el paseo casi obligatorio de cada mañana, que les recompensaba ofreciendo una nueva mariposa a sus colecciones, o una planta rara a sus herbarios.

## II

Carlos Luis y Ernesto eran amigos inseparables desde la infancia, y estudiantes ambos en uno de los mejores colegios de la Capital. Durante las vacaciones abandonaban la sierra por la costa, dirigiéndose a la hacienda residencia de la familia de Ernesto donde Carlos Luis cuyos miembros viajaban por el extranjero, podía considerarse como su propio hogar.

Allí resarcíanse los estudiantes de los largos meses de encierro, disfrutando de todas las diversiones que la vida del campo puede ofrecer.

Cacería, pesca, paseos a caballo, en bicicleta o a pie; excursiones a las haciendas vecinas; bailes meriendas, y ante todo y sobre todo, lo más halagador para sus juveniles corazones; lindas muchachas con quienes dedicarse al emociante y dulcísimo flirt.

Meses de regocijo eran aquellos, no sólo para ambos amigos, sino también para la familia divertida continuamente, por sus bromas y la franca explosión de sus alegrías. Partícipe de este contento era también el anciano negro Raimundo, quien habiendo servido desde niño a Don Antonio el padre de Ernesto, siguióle cuando éste tomó estado y con la familiaridad establecida casi siempre entre los Sud-americanos y sus criados antiguos, miraba como suyos los intereses y afectos de sus amos. Carlos Luis era inseparable de Ernesto y el negro lo miraba con igual cariño que consagraba a aquel.

Raimundo era un compuesto de hombre civilizado y de salvaje, si había ganado algo en maneras y lenguaje, imitando inconciente los del amo, no había perdido nada de las creencias y supersticiones de sus mayores, fomentadas por el trato con sus iguales, a quienes en los distintos menesteres de la hacienda, trataba constantemente. Raimundo convenía con Don Antonio, en las excelencias del confort moderno, del telégrafo sin hilos, del trapiche movido a vapor, del arado mecánico, etc., pero en lo que no convendría jamás, sería en que sus creencias fuesen falsas o erróneas. Con la misma naturalidad y falta de sorpresa, que se ve marchar un enorme trasatlántico movido sólo por el vapor de sus calderas debía aceptarse el que los muertos se aparecen e intervienen en los asuntos de los vivos. Si el gramófono canta, habla y ríe como una persona, sin serlo, ¿por qué los muertos no han de presentarse, hablar o quejarse como una persona que han sido? Todos los habitantes de la hacienda, sabían esta debilidad de Raimundo, y frecuentemente provocaban discusiones sobre tal asunto, deseosos de oírle relatar leyendas y cuentos, en apoyo de sus tesis, con una seriedad y lujo de detalles que hacíalos singularmente atractivos.

Pasaron muchos días y durante ellos, no cesó Carlos Luis uno solo de embromar al negro, maldiciendo de Dios en su presencia e invitando a las ánimas a presentarse. "Pronto terminarán las vacaciones, decía, y tendré que volverme a Quito, sin que se hallan dejado ver esas ánimas estúpidas". Movía el negro gravemente la cabeza, aconsejándole no dudar de las cosas del otro mundo, y Carlos Luis renegaba como un carretero, riendo a carcajadas del disgusto de Raimundo.

## III

Acercábase el término de las vacaciones, y una noche al mediar las doce, hallábanse sólo los dos amigos en la ancha galería que rodeaba la casa. Reclinados en la baranda, fumaban cigarrillos, cambiando impresiones sobre las muchachas amigas y los amores que habían fomentado en aquellos días, e iban a tener presto que abandonar.

Carlos Luis de temperamento impetuoso y ardiente, habíase enamorado, pese a sus diez y ocho años -edad de las pasiones rápidas- real y profundamente de una bellísima niña llamada María, quien a su vez consagrábale toda la ternura de su alma. Por esta razón, mostrábase Carlos Luis aún más rehacio que otras veces, para dejar la vida regocijada y libre, por aquellos dormitorios húmedos del Colegio y los enormes salones oscuros en que cabeceando soñolientos sobre los libros del texto, veían transcurrir los días y los meses sumidos en tediosa calma. Ni una escapada, ni una salida, inada! Apenas si cada ocho días recibían cartas de la familia, que al relatar las diversiones disfrutadas por ésta, aumentaban la displicencia de los estudiantes, disminuyéndoles más si cabe, la ya muy mermada afición al estudio. Tal vez habría llegado Carlos Luis a desesperarse, si tal cosa fuese compatible con su carácter bullidor y desbordante de alegría.

-¡Si al menos pudiera recibir letras de María! decía nuestro joven; ipero nada! los antipáticos profesores se han de meter en todo y registrar hasta las cartas que uno recibe.

¡Como se quedaría el Rector, si al abrir mi correspondencia se encontrase con una carta de ella en que me hablara del beso de despedida!

Porque, eso sí, te lo aseguro Ernesto, estoy propuesto a dar un beso a mi María antes de marcharme; sus labios de grana me incitan, me seducen, me vuelve loco mirarlos y no poder oprimirlos con los míos. Será para mi un consuelo, delicioso mientras los profesores con sus voces gangosas expliquen las interminables lecciones, aislarme en el recuerdo de ese primer beso de amor y que vuelva su dulcísimo murmullo a acariciarme nuevamente los oídos. Si no llevo ese beso para atenuar la amargura de ausencia tan larga, mi alegría habrá concluído y me consideraré inmensamente desgraciado.

-¡Demasiado entusiasmo, querido! Dijo Ernesto, idemasiado! Sólo

hace un mes que te le has declarado y ya quieres pedirle un beso; iese es ir muy de prisa! más que las locomotoras del ferrocarril de Mr. Harman!

-Tú comprendes, respondió Carlos Luis riendo, que al estar de viaje no tengo tiempo que perder. Lo que me intriga es cómo me las compondré para verla a solas; la vieja de la madre y los pegajosos de los hermanitos no la abandonan nunca, y no es cosa de hacerse como le hice la declaración: de pié al lado del piano mientras le volvía las hojas de música y bajo la escudriñadora mirada del papá, que de lejos nos seguía cual si sospechara algo. Un beso no puede darse así; máxime, cuando a las facultades de ser el primero reunirá las de ser el de despedida, el que me entregará su alma dejándole la mfa. Yo necesito soledad y tiempo para este beso, que debe ser largo, dulce, apasionado, ardiente, ien una palabra: un beso incomparable y fenomenal!

Rieron ambos y continuó la conversación en el mismo tono.

La noche era profundamente oscura, pero bellísima y aromada con los mil perfumes de la vecina selva. En el confín de los extensos poteros brillaban los cucuyos y candelillas salpicando la arboleda de puntos luminosos, y entre la hierba humedecida por el rocío, millares de insectos dejaban oír en monótona armonía, la penetrante voz de sus amores. Noche ideal, noche mágica era aquella; noche de los trópicos, cálida y hermosa, que pone calor de sol en las venas, y habla al alma de desconocidas cosas.

Hasta la misma casa hallábase sumida en un sueño de paz; apenas si en el extremo de la galería, un débil rayo de luz escapábase por una puerta entreabierta, marcando en el piso una línea de oro, que en vez de atenuar parecía hacer más densa la obscuridad.

Concluyóse el cigarrillo de Ernesto y volviéndose éste de espaldas al balcón, para que la brisa que soplaba de la llanura no apagara el fósforo encendió otro.

- ¡Mira Ernesto! ¡mira! dijo Carlos Luis en aquel instante con tono admirativo y tocándole en el brazo.

- Se volvió Ernesto de frente y al tender la mirada en las sombras quedóse mudo de sorpresa.

A menos de treinta metros, en el camino cercano a la casa marchaba un enorme cortejo, cuyos detalles no podrán precisarse; pues aún cuando alumbrado por innúmera cantidad de luces, el resplandor de éstas era tan particular, que borrando relieves y contornos, fundían el conjunto en la vaguedad, rodéandolo con una especie de halo luminoso y pálido. Aquellas luces, vivas y azuladas como fuegos fatuos, no permanecían inmóviles un instante; caían sin cesar, semejando una lluvia de estrellas, y se apagaban bruscamente al tocar el suelo, para ascender de nuevo encendidas y rápidas, continuando así en vertiginoso caer y levantarse, indescriptible y fantástico. Un ruido sordo, áspero y agrio, como chochar de hierros viejos y de huesos, acompañaba esta marcha, y un viento frío y estremecedor, se dejaba sentir como emanado de ella. Había algo de pesadilla en aquella procesión, que no podía precisarse de qué se componía, y en aquel ruido que tampoco podía comprenderse de qué procedía.

Ernesto y Carlos Luis aferrados a la baranda y con medio cuerpo fuera de ella, miraban ansiosamente, tratando en vano de comprender lo que veían.

Avanzó rápidamente el cortejo hasta llegar al fin de la arboleda, pero en vez de internarse en ella desvaneciéronse las luces, cesó el ruido, y volvió a imperar la noche silenciosa y negra.

Reinó un momento de silencio y estupor, entre los dos amigos, imposible les era explicarse lo que acababa de pasar ante sus ojos, y continuaban mirando aún después que todo hubo desaparecido.

¡Cosa curiosísima en verdad! dijo por fin Carlos Luis volviéndose a Ernesto, ¿puedes tú, explicarte qué es eso?

- Sí; respondió éste subitamente iluminado y estremeciéndose a pesar suyo. Es la procesión de las ánimas.

- ¡De veras! exclamó Carlos Luis regocijado: tonto de mi que no había caído en ello! Esa es la famosa procesión, descrita por Raimundo; mañana le contaré que la hemos visto, y ya verás la cara que pone: va a creer lo estamos burlando.

- Lo malo es, dijo Ernesto con voz ligeramente conmovida, que quienes ven la procesión mueren antes de los quince días.

- ¿Y qué? Interrogó Carlos Luis riendo; ¿tú crees tales candideces?

icapaz eres de tener miedo! De todos modos, no te asustes, pues sólo muere quien la vio primero, y ése como te acordarás he sido yo.

Reaccionó Ernesto ante la sangre fría de su amigo, y avergonzado de que le atribuyese poco valor, exclamó jovialmente:

- Es que voy a tener que sacar la cara por ti y morirme en tu lugar; ¡qué iba a decir María si tú murieses!

- Tienes razón, no me recordaba de eso, pero como también hay una cierta niña Isabel a quien tú harías mucha falta, lucharemos con las ánimas para no dejarnos llevar ninguno de los dos; aunque debíamos estarles agradecidos, porque acababan de prestarnos una incomparable escena de magia, con la ventaja sobre las que vemos en el teatro que ha sido gratis. Hablando serio: yo no creo ni creeré jamás en cosas sobrenaturales y juzgo que cuanto acabamos de ver tiene una explicación natural y sencilla: quizás es un fenómeno que sólo se produce en ciertas condiciones atmosféricas; una ilusión de óptica; o un efecto de espejismo, tan sorprendente, como es la Fata Morgana de las costas calabresas.

- ¿Y el ruido cómo te lo explicas?

- De la misma manera: por una ilusión de acústica que combinada con la de óptica, produce el maravilloso resultado que hemos tenido la fortuna de admirar.

- ¿A eso llamas fortuna? para mí no ha sido nada agradable de ver. Ahora vamos a dormir, y ojalá la tal procesión no me de pesadilla.

- Pues a mí no hay procesión, capaz de borrarame de mi idea: soñaré siempre con el beso de María.

- Y así diciendo, se marcharon a dormir.

#### IV

Durante cinco días, no pudo Carlos Luis satisfacer su deseo de comunicar a Raimundo lo sucedido. Este había marchado a la ciudad por el dinero necesario para los pagos en la hacienda, misión delicada que no podía ser desempeñada sino por un sirviente de toda confianza.

Al sexto día, dispusieron los jóvenes para un importante viaje. Fijada para dentro de breve plazo la fecha de retorno al colegio, iban a despedirse de los amigos vecinos, y como las haciendas que iban a visitar hallábanse algo distantes, pernoctarían en una, para de allí seguir a

las otras, no volviendo a casa sino después de cuatro días.

Como era natural, Carlos Luis pensaba pasar el mayor tiempo posible en Casa de María; iban a transcurrir tantos meses sin verla! y a más, había el asunto del beso que aún no sabía cómo arreglarlo. Dominado por esta idea, toda otra habíasele desvanecido, y del suceso de aquella noche no guardaba la menor impresión, ni memoria; si a Ernesto le ocurría lo mismo no se sabe, él callaba, sin mencionar tampoco el asunto.

Al ir los dos amigos a montar a caballo, Raimundo que acababa de llegar y hallábase en el portal acercóse a saludarlos y tenerles el estribo. A la vista del negro, despertóse en Carlos Luis el olvidado recuerdo, y su propósito de aterrorizarle.

- Oye, dijo dándole amistosamente en el hombro un golpe con la fusta; tengo que contarte una cosa: ya vinieron las ánimas a despedirse de mí, no quisieron dejarme ir con el deseo de conocerlas; tú que tienes trato con ellas agrádecéles tal bondad.

Miróle Raimundo entre sorprendido e incrédulo, luego blanqueó los dientes al sonreirse.

- ¡Siempre el niño con ganas de broma! si lo que dice fuese cierto no lo estaría contando, ya se hubiera muerto.

- ¿Cómo es eso Mundo? ¿tú mismo te olvidas de tus cuentos? ¿no nos dijiste que el plazo después de la aparición era de quince días? sólo hacen seis que la he visto, luego me quedan todavía algunos días por delante, los precisos para marcharme a Quito dejando a las ánimas despidadas; con lo malo de los caminos espero no me seguirán allá.

- Su merced quiere burlarse de mí. No le creo.

-Y sin embargo es cierto; replicó Ernesto, con voz que pretendía ser jovial y que sólo era melancólica.

En seguida narróle el suceso tal como había ocurrido. De negra tornóse lívida la piel de Raimundo, le temblaron las manos y los labios y musitó roncamente;

-Pobrecito niño! pobrecito!

Rió Carlos Luis de muy buena gana, pero Ernesto sin saber porqué se sintió mal; asió las crines del caballo con nerviosa mano y de un salto se plantó en la silla.

- Vamos, dijo tratando de disimular la penosa impresión; vamos, ya se hace tarde.

Montó Carlos Luis, atusose el incipiente bigote, y sacando el caballo al terraplén, hízolo corretear tres o cuatro veces, ante la familia puesta al balcón para despedirla. Luego evanecido y alegre, dirigióla un postrer ademán de despedida y partió a escape, seguido de Ernesto.

## V

El itinerario que habíanse marcado fue cumplido. Despidiéronse de todos sus amigos hasta el año próximo; palabras de esperanzas y deseos de ventura se cruzaron de una y otra parte: ¡Pronto pasa el tiempo, y días dichosos los reunirían de nuevo! el año entrante sería aún más bello y fecundo en diversiones que aquel había sido.

La más anhelada y que debía durar más tiempo: la visita a María, fue designada para ser la última, iy así lo fue!

Impacientes por llegar, presto, lanzáronse los jóvenes a escape por desusado y escabroso atajo; el caballo que montaba Carlos Luis tropezó de pronto y se precipitó de bruces sacando por la cabeza al jinete, quien dio una tremenda voltereta y cayó al suelo con el cuello torcido, quedando instantáneamente desnucado.

.....

Apenas habían transcurrido ocho días, desde la noche en que aparecírase a los dos amigos la procesión de las ánimas, cuando Carlos Luis en su lecho de muerte, recibía de los acongojados labios de María, sobre los suyos yertos, aquel beso de amor y despedida con el que tanto había soñado.

Revista "La Ilustración", Año I, Guayaquil (Ecuador), mayo 27 de 1917, No. 2, págs. 5-56. Editor Alejo Mateus.